

Modernismo.

HE combatido en revistas anteriores el modernismo de algunos jóvenes literatos argentinos, que suponen que para conseguir originalidad á lo parisiense basta hacer mangas y capirote del lenguaje y ofrecer al lector jeroglíficos imposibles de descifrar por lo confusos y enrevesados. Hoy me complazco en declararme modernista también, pero como yo entiendo el modernismo, como el de *Almafuerte*, por ejemplo, en la soberbia composición que ha publicado bajo el título de *Cantar de cantares*. Soy de los que creen que en literatura, como en ciencia, como en todas las manifestaciones del esfuerzo humano, las evoluciones progresivas deben perseguirse con tenacidad si no se producen espontáneamente, para no dejar que aquéllas se esterilicen en una monotonía desesperante. El mar, eternamente quieto, constituiría un espectáculo aburrido, y la vida tranquila, sin sobresaltos, sin dolores, sin alegrías, concluiría por arrancarnos bostezos de fastidio primero, y de desesperación después. La última evolución literaria tiene mucho de bueno, como lo ha tenido y lo tiene el naturalismo, el romanticismo, el misticismo, el simbolismo, etc., y si frecuentemente se despeña en el ridículo, es por las exageraciones á que llegan los que no siendo capaces de comprender sus bellezas, las interpretan de mala manera, como interpretaría una música delicada, v. gr., un cantante que nunca hubiera estudiado más que superficialmente la ciencia musical, y creyese que para dar vida á una concepción bastaran pulmones y sangre fría. El modernismo de *Almafuerte*,—uno de los pocos poetas verdaderos que, á mi juicio, existen en América,—es el modernismo sano, lleno de novedad, de lógica, de sangre nueva, que trae perfumes exquisitos en sus estrofas, y no ese fondo de egotismo preponderante, esa obsesión del *yo* que marca la producción de los pseudo-estéticos que aquí han surgido al calor de un ambiente lejano y completamente refractario á nuestros gustos, á nuestras inclinaciones, á nuestro modo de ser sencillo y rudo. Yo no sé si *Almafuerte*, que es todo sentimiento, todo fibra, todo inspiración elevada, ha querido ensayar un procedimiento nuevo en su manera maestra de versificar, ó si únicamente ha intentado dar una lección á los que han tomado el campo de la literatura de su patria por asalto, y decirles, en tono digno, cual

conviene á un espíritu que se cierne algunos cosas por arriba de la común vulgaridad, cómo se es atrevido sin ser ilógico, cómo se es modernista sin caer en extravagancias antiestéticas, cómo se puede llegar á combinar frases de una originalidad de primera mano, de esa que no se conquista en lecturas raras, porque tiene su fuente originaria en el fondo del cerebro, y al propio tiempo seducir con su ritmo, encantar con su elegancia y conmovir con esos latidos de alma que se desprenden de cada una de sus estrofas. Leed lo que sigue, copiado al azar del *Cantar de cantares*, poetas modernistas, y confesaos interiormente si sois capaces de encontrar imágenes más apropiadas, expresiones más soberbias é ideas más nuevas en lo mucho que de viejas tienen, que las que el poeta derrocha en su composición:

Cientrices de carcelas,—  
 Cientrices de dos besos fraternales  
 De las almas de dos lirios—las hoyuelos! . .  
 Tus hoyuelos,  
 Hija mía, madre mía, novia mía:  
 Son las huellas de dos besos fraternales  
 Que te dieron al venirte,  
 Que te dieron al salir á despedirte  
 Los dos ángeles más puros de los coros celestiales.

Como pétalos de rosa,  
 Como pétalos de rosa purpurada,—  
 Purpurada como sangre,—son tus labios!  
 Si, tus labios,  
 Hija mía, madre mía, novia mía:  
 Son dos pétalos de rosa purpurada  
 Que cayeron en la nieve:  
 Son el bardo que resuena, que se mueve,  
 De aquel vaso de Sajonía de tu barba macerada.

Como bloques de azucenas,—  
 Como bloques de azucenas de la aurora,  
 Tras la gasa de la niebla,—son tus pechos! . .  
 Si, tus pechos,  
 Hija mía, madre mía, novia mía:  
 Son dos ramos de azucenas de la aurora  
 Que pusieron las vestales,  
 Que pusieron bajo tales virginales,  
 En el trazo de Carran de la Virgen mi señora!

Así, magnífica, fluida, atrevidamente hermosa, es cómo yo concibo la última moda literaria, no el plastrón parisiense que lucen en el pecho los escritores argentinos de la nueva generación. Todo lo demás—amargura, melancolía, escepticismo, indiferencia, alucinación mentida, etc. etc.,—son cosas que no sientan á espíritus nuevos, recién iniciados en la vida, que no han

probado la hiel de las desdichas más que en la copa que desde lejos le brindan los desesperados... Para llegar á viejo hay que pasar por todas las agitaciones de la juventud, y para que una literatura esté sujeta á los espasmos de una existencia gastada, hay que someterla á ella previamente. Y aunque los modernistas crean lo contrario, ni en Buenos Aires ni aquí hemos apurado tanto el placer estético que necesitamos de estimulante que exciten nuestros nervios equilibrados y den vigor á nuestros músculos robustos.

*Dr. Max Nordau.*

El autor de *Entartung* ha dirigido una carta á Carlos Reyles, con motivo de su *Raza de Cain*. Y le dice:—« Señor y eminentísimo colega: He leído con el más vivo interés vuestra hermosa *Raza de Cain*, hermosa como concepción, hermosa como composición y estilo, hermosa como exterior. ¡ Cosa extraña! Un sentimiento tan común, tan vigoroso, que apasiona tanto como lo es la envidia, casi no ha encontrado hasta ahora su expresión poética. Se diría que los poetas tienen vergüenza de mostrar este aspecto repugnante del alma humana. De consiguiente, mostrar esta alma bajo todos los aspectos es la gran misión de la poesía como de todas las artes. Por una coincidencia curiosa, casi simultáneamente á vuestra vigorosa y profunda novela ha aparecido otra de Ernesto de Wildenbruch titulada *Neid* (« Envidia ») que trata, como vuestra *Raza de Cain*, la misma baja pasión. Las comparaciones se imponen. Pues bien: sobrepasáis en mucho á nuestro autor alemán por la verdad de vuestro análisis psicológico, por la sombría grandeza de vuestro arte, por la sencillez sorprendente de vuestros medios. Si vuestra novela obtiene el éxito que se merece, os hará célebre de un solo golpe. La opinión que *La raza de Cain* merece á Max Nordau no coincide con la mía, que, aunque pobre, es opinión al fin; pero me complazco en reproducirla íntegra, por la justicia que hace al escritor y por la significación que el elogio tiene en los labios de quien ha considerado locos á la totalidad de los genios contemporáneos. Para el filósofo y médico alemán, los decadentes y estetas, los diabólicos y parnasianos, los ibsenistas y neomísticos, los tolstoitas y prerrafaelistas, los wagnerianos y zolistas, todos, todos sin excepción han sido y son *imbéciles ó degenerados, idiotas ó locos peligrosos*, dignos de ocupar una celda en un manicomio ó una cama en un hospital. Reyles ha sido, pues, más afortunado que Tolstoi y que Zola, que Verlaine, que Wagner, que Hugo, que todos los nostros de primera

magnitud que derraman luz de gloria en el amplio firmamento intelectual. ¿ Será que el implacable cirujano ha cambiado su escalpelo por otro menos cruel, ó será que realmente *La raza de Cain* le ha conmovido por lo que de él refleja en su fondo, por lo que de su alma escéptica, insensible á todos los fulgores del talento, reproduce en sus páginas? Aunque no me sienta á la misma mesa en que celebra sus banquetes el apóstol de la degeneración de la raza humana, tengo cierta admiración por su talento, que creo sincero y profundo en su propio desequilibrio,—más inquieto que profundo,—y me produce espontánea alegría el regalo de su aplauso, siempre valioso á quien es digno de muchos mayores por mayores conceptos también. Si me sorprende y no me convence el elogio, es porque el espíritu se ha acostumbrado á ver en el filósofo alemán al eterno poeta del mal, al clínico duro que sólo encuentra motivo de regocijo para su cerebro cuando en su mesa de disección caen cuerpos que despedazar y reputaciones que zaherir, y porque antes que el grito de entusiasmo que le arrancó el gran gesto de Zola en el asunto Dreyfus,—única nota clara surgida de su alma sombría,—ha aparecido en sus libros abundante semilla de desconsuelo, y en sus ideas la más negra desesperación.

*Dr. Max Nordau.*

La desigualdad es la característica de este artista joven, que ha llenado con sus cuadros, todos nuevos, la exposición semanal de la casa de Maveroff. Observadas dos telas simultáneamente, sin conocer la firma, cuesta trabajo creer que el mismo cerebro las haya concebido, que el mismo espíritu las haya interpretado y que en la ejecución haya intervenido el mismo pincel. Y á pesar de esta desigualdad, de esta incertidumbre que dice bien á las claras el momento de crítica indecisión en que se encuentra el artista para elegir el camino que ha de seguir definitivamente, todas las telas, aún la más defectuosas, reflejan una inteligencia clara, de fácil dominio, y una observación aguda, de espíritu esencialmente suspicaz. En el dibujo, que constituía uno de los obstáculos con que luchaba hasta hace poco el artista, se descubre un progreso evidente, aunque no completo: la paleta, en cambio, sigue siendo todavía rebelde, y no cambia con espontaneidad los colores que se le piden, ni logra reproducir los tonos que le ofrece la realidad. Hay en la serie de telas expuestas, sin embargo, notas hermosas, que valen por toda la colección: aquel estudio de color—esencia de esquila—seduce en su confusa composición por dos ó tres figuras admirablemente esboza-

das; aquel apunte pequeño de costa pescadera, vibrante de colorido y de verdad; y aquel paisaje de bosque y agua, que ocupa el centro de la exposición, y que tiene en su sencillez y apacibilidad toda la poesía de nuestros campos. Lo demás es defectuoso: defectuosos los retratos, en colorido y en dibujo; defectuosos los pasteles,—especialmente el que se supone retrato de niña, de una incorrección de línea y de color evidente,—y defectuosos los apuntes de paisaje, algunos de ellos vulgares en su tema y otros de una dureza que no se concibe en quien sabe, como lo demuestra, ser flexible, gracioso y robusto al propio tiempo. Atribuyo esta desigualdad de las producciones del artista al afán noble que le agita de perfeccionarse, de llegar cuanto antes á la realización de aspiraciones legítimas, de un algo que él entrevé entre nubes todavía, como á

la distancia. Una labor más lenta, más cuidada, más tenaz, sin dejar nunca de ser espontánea, evitaría, sin embargo, esos lunares, y quizá diera pronto al artista la percepción clara del objeto de sus anhelos y preocupaciones. Si el rudo obrero consigue hacer obra casi perfecta á fuerza de puños y de paciencia ¿por qué no ha de conseguir hacerla también, aunque en otro sentido muy distinto, quien tiene sobre aquél, la ventaja del talento, la superioridad del espíritu y la conciencia de su propio valor?...

\*-

*Litros recibidos.*

GESTA, de Alberto Ghirardo, segunda edición, con ilustraciones de J. L. Pagano (Buenos Aires).

EDUARDO FERREIRA.

#### DOS NOTAS DE ARTE



LA MÚSICA, COPIA DE UN FRESCO DE MACKART



LA PINTURA, COPIA DE UN FRESCO DE MACKART

#### EL CRECIMIENTO DE LOS NIÑOS

Un médico inglés, el doctor Smith, que viene de tiempo atrás ocupándose del crecimiento de los niños, asegura que el desarrollo del cuerpo y de los miembros se verifica siempre durante la noche.

El año en que crecen más los muchachos es durante el décimoséptimo de su edad; para las niñas, siempre más precoces, la edad de entorece años es la que más aprovecha á su desarrollo físico. En general, las niñas alcanzan el máximo de su estatura á los quince años; los muchachos siguen creciendo hasta los veinte.

Hasta los once años los varones son más vigorosos que las mujeres. A partir de esta edad y durante seis años próximamente, las mujeres son físicamente más fuertes que los varones. A los diez y ocho años la fuerza es igual en ambos sexos.

Durante el invierno, tanto los varones como las mujeres, crecen poco en estatura y en peso, desde abril hasta julio ganan en estatura y pierden en peso; y desde julio hasta noviembre aumentan el peso, pero no la estatura.

\*-

El cuerpo sonoro en una flauta es el aire y no el material del instrumento. Es así, aunque parecen extraño, porque ni el espesor del tubo, ni la sustancia de que éste se halla fabricado tiene gran influencia en el sonido musical de la flauta. Un tubo de papel, de vidrio, de plomo, ó de madera, con tal que tengan el mismo diámetro interior, producen el mismo sonido, y si la calidad de éste varía algún tanto en tubos de diferentes sustancias, es porque el rozamiento del aire que vibra junto á la pared del tubo lo hace vibrar también, si bien esta vibración es muy secundaria comparada con la del cuerpo gaseoso.

\*-

La industria del gas acetileno hace grandes progresos en Alemania. Todos los vagones de ferrocarril están iluminados por medio de este gas. En 1899-900, se consumieron en el imperio diez y siete mil toneladas de carburo de calcio, cuyo poder de iluminación es igual al de siete millones de galones de petróleo. Treinta y dos pequeñas ciudades de más de cinco mil habitantes están iluminadas con acetileno, y otras muchas se preparan para instalar usinas con igual fin.